

CATULLE MENDÈS
(1841-1909)



**EL CRIMEN DEL
VIEJO BLAS**

Título Original: *Le crime du vieux Blas*.

Edición original: Bruselas, Kistemaekers, editor, 1882.

© Por la traducción: José M. Ramos González. Pontevedra, 2009. En exclusividad para
<http://www.iesxunqueira1.com/mendes>

I

EL VIEJO BLAS Y EL PEQUEÑO BLAS

Lo mejor de la mañana, cuando uno se despierta para la jornada laboral, es sentarse en la planta baja de la granja, entre los cobres que el nuevo día hace relucir, ante la mesa de pino bien fregada, y comer en ella, apoyando los codos, largas rodajas de pan negro mojadas en la leche que desborda por la taza.

Veintinueve años, vigorosos brazos desnudos y pecho de nodriza, rostro rosáceo con la piel curtida bajo el algodón rojo del sombrero vasco, la Cadije se para bajo la escalera y grita con las manos en las caderas:

–¡Vive Dios! ¿Están sordos ahí arriba? ¡Hé, padre! ¡Hé, marido! ¡Hé, pequeño! ¿No os da vergüenza dormir después de que yo me haya levantado? ¿Es ahora moda que la gallina cante antes que los gallos?

Una granja de buen aspecto y agradable a la vista, – dos arpendes, ni un acre de más, pero dos arpendes de tierra fértil, cercados por un frondoso seto, – una granja, dónde bajo los manzanos regularmente espaciados, picoteaban en el césped, se rebozaban en los charcos y cloqueaban en un montón de estiércol, gallinas y pollos, patas y patos, pavas y pavos, en cantidad suficiente para satisfacer la ambición de una granjera; y la Cadije se consideraba feliz entre sus árboles frutales y sus animales; yendo y viniendo de la mañana a la noche, trabajando como nadie, contenta y familiar con las personas, no siempre «cómoda» no obstante, pues en ocasiones es necesario ser firme para hacerse respetar por las personas y obedecer por los animales.

Existen en nuestro país vasco, entre las rocosas vertientes no lejos de algún torrente que fluye cantarín y espumoso, muchas de esas llanuras fecundas donde la hierba crece bien, dónde las ramas se inclinan bajo el peso de sus frutos; las montañas las resguardan del viento, el torrente tranquilo se prolonga más allá en río o se estanca en un lago. Toda una Normandía con sus manzanos y sus grandes praderas se recoge en un valle.

Sin embargo, la vieja escalera de madera blanca, donde la Cadije para no permanecer desocupada, arrojaba cubos de un agua clara que salpicaba y goteaba, crujió bajos unos pies que descendían; apareció el viejo Blas llevando al pequeño Blas por la mano.

Eran el padre y el hijo de la Cadije. Abuelo y nieto se acomodaban para cogerse la mano; casi acababan siendo de la misma altura, el chiquillo levantándose siempre, el mayor curvándose cada vez más. El viejo Blas tenía setenta y un años; el pequeño Blas seis. El viejo tenía un amplio rostro, completamente rojo, con arrugas iguales y firmes, cortos cabellos blancos, una barba blanca, dura y casi nivelada, de pequeños ojos amarillentos y un poco extrávicos, como cansados por haber visto demasiados días. Era un poco grueso, con las extremidades vigorosas, llevaba la chaqueta corta, de paño

duro, de los vascos de la llanura y la chapela marrón de cuyo borde sobresalía una enorme oreja de color sangre.

Había sido lo que ya no puede ser. Buen macho y de los más galantes en los tiempos en los que había hermosas muchachas – pues, según los ancianos, las jóvenes del presente son menos bonitas, como si proyectasen sobre ellas algo de su sombra, – el viejo Blas, que no tuvo igual en atacar al toro y en lanzar la pelota, sentía que su tiempo había pasado; tenía pesadez, rigidez en sus miembros antaño tan dispuestos, y su cabeza, que inclinaba hacia su hombro izquierdo, oscilaba un poco, es cierto; incluso había dejado de tener el ánimo vivo y la mente completamente lúcida; le sucedía que a veces no recordaba algo que se le había contado la víspera, y también no reconocer, cuando regresaban al país, a compañeros con los cuales había vaciado más de una botella antaño delante de las alheñas de alguna taberna. Pero, ¡bah! todavía sabía lo suficiente para contar después de un jarro de sidra, algún buen cuento divertido; y todavía hacía sus cuatro leguas sin tener necesidad de bastón.

No quería por bastón más que a su nieto. Lo que mantenía al viejo Blas era sostener al pequeño Blas.

Éste último era un niño montañés, robusto y sano. Por la leche de una madre fuerte, por la sobria dieta, por el aire libre que vivifica los pulmones, había crecido, se había solidificado, se había endurecido, la bella virilidad futura era visible en ese chiquillo.

Además era bonito, puesto que era pequeño y tenía el aire despistado, un poco azorado, que pregunta, que va a comprender, que se inquieta en ocasiones, con una inquietud sin temor; y la mayor alegría del viejo Blas consistía en besar la joven cara risueña, un poco tostada ya, donde descendían en bucles unos cabellos negros y alborotados, y los claros ojos azules como un lago de montaña que el pequeño Blas tenía.

Detrás de ellos venía el hombre, el marido de la Cadije, el padre del niño, Antonin Perdigut. Treinta años, el rostro serio como lo tienen de ordinario los hombres del valle en ese país montañoso, caminaba con paso medido, sin prisa, pero sin vacilación, con paso de trabajador.

La Cadije besó a sus tres hombres a boca llena, más ardientemente al marido, más gravemente al abuelo, más dulcemente al pequeño.

Se sentaron en torno a la mesa de la planta baja y comieron en silencio.

El desayuno no es momento de palabrerías ni de risas. Sus fuerzas y su actividad deben reservarse para el trabajo de la jornada, no deben perderse en pequeñas tonterías. Por la tarde, después de la tarea, se podrán divertir; cuando se ha pagado la deuda, está permitido ser pródigo.

Por otra parte, se habían acostado tarde ese día en la granja, y era la estación de sembrar: Antonin Perdigut tenía que darse prisa en ir a los campos con su saco de granos al hombro.

En cuanto al abuelo, tenía un empleo en la vía del ferrocarril que pasaba por los alrededores; al viejo se le había confiado una tarea fácil, poco cansada, para la que un niño habría bastado.

Así pues, sin hablarse, apacibles, mojaban alargadas rodajas de pan de centeno en la blancura un poco azulada de la leche.

A su alrededor, el rosa todavía gris del amanecer entrando por las bajas ventanas, hacía levantarse poco a poco la sombra colgante a lo largo de las paredes, y esa negrura ya iluminada subía lentamente, se iba haciendo cada vez menos sombría, como si unos velos de crespón hubiesen sido arrojados desde lo alto y uno tras otro se hubiesen desvanecido. Las lozas del desayuno acusaban sus formas, esbozaban sus vivos tintes;

en la redondez carmesí de las cacerolas había movimientos de llamas que parecían el reflejo de un horno invisible; y, sobre los cristales rojos, pálidos, apenas luminosos, podían verse como unos grandes rayos de luna que se hubiesen quedado allí dormidos.

Fuera podía oírse el despertar de la granja en los trinos de los pájaros, en el movimiento de las ramas, en todos los ruidos mezclados de los familiares animales, y en el fresco paso del claro viento.

El viejo Blas habiendo vaciado su taza, cuyas últimas gotas de leche cayeron deslizándose por su barba blanca, habló con timidez:

–Lo que estaría bien sería dejar venir al pequeño conmigo; allá abajo, cerca del puente, para divertirse. Digo: para divertirme yo también. Un tren que pasa tras otro tren, toda la jornada no es alegre; yo me aburro mirando el agua que discurre. Los niños regocijan a los ancianos; ponen alegría en los viejos espíritus y luz en las viejas miradas. El otro día llovió toda la jornada, pero Blas estaba conmigo, y soñando yo dije como un tonto: «Qué bonito sol hace hoy!» Además, es muy bueno para el niño respirar el aire a orillas del agua y jugar con las flores alrededor de la caseta de madera.

–¿Acaso sucede, dijo la Cadije levantándose, que el aire no es bueno en la granja y no hay flores en el jardín? El niño quedará en casa conmigo y mis animales. Si quiere distraerse irá a vear las ocas en el camino alrededor del seto. Aunque es pequeño eso puede hacerlo: debe comenzar a ser útil. Esté seguro de que no lo dejaré ir con usted. Los trenes que pasan es algo horroroso y no me gusta que juegue a orillas del agua; tanto o más, teniendo en cuenta que en la orilla de su río hay una arena muy peligrosa donde se resbala, y unas piedras que ruedan con solo apoyarse en ellas.

El niño no hizo ninguna objeción al principio a la voluntad materna; porque acababa de beber su leche; pero desde que hubiese lamido con la punta de la lengua el fondo del tazón vacío, se puso a lloriquear con un aire muy desesperado frotándose los ojos con los pulgares.

–¡Bueno, bueno! dijo la Cadije; lo que he dicho está dicho. Tú quieres ir con tu abuelo, porque él te cuenta historias, porque te deja correr por todas partes, porque te mima, ¡en fin! Yo no quiero que se te mime. El otro día regresaste en un bonito estado. Todo sudoroso, con la blusa hecha jirones y espinas en los cabellos; tuve que pasar más de una hora zurciendo tu pantalón. Cuando no se sabe vigilar a los niños no se pide llevarlos con uno.

Pero el pequeño Blas seguía lloriqueando y el mismo viejo Blas tenía algo húmedo en sus ojos amarillentos que se iba a convertir en una lágrima.

Antonin Perdigut tomó partido, observó «que una vez no es costumbre», y que hoy se podía hacer una excepción dejando al pequeño con el viejo.

La Cadije gruñó a regañadientes, dijo cien palabras y acabó por consentir encogiéndose de hombros.

– Al menos seréis prudentes los dos.

Y cuando hubieron prometido no correr sobre la vía y no acercarse demasiado a la orilla del río y sobre todo de tener cuidado cuando los trenes pasasen, la madre añadió:

–Sí, sí, doy el permiso, pero es la última vez.

Partieron bien aconsejados, bien abrazados. Fue con paso serio, para mostrar cuan prudentes eran en efecto, como atravesaron el patio de la granja y tras haber empujado la cancela de madera, bordearon el seto, bastante bajo en ese lugar, por encima del cual todavía se les podía ver.

Pero una vez finalizado el seto, en el momento en que nadie podía verlos desde la granja, ¡ah! ¡vive Dios! eso ya fue otra cosa.

El pequeño Blas soltó su mano, tomó delantera, regresó, saltó en las cunetas, subió a los árboles, perdió su boina en las ramas, rasgó su pantalón en la corteza; y toda la luz

matinal jugaba a su alrededor, con él, sobre el claro camino, entre las ramas despertadas, en el joven frescor del espacio; mientras que, detrás, un poco lejos, el viejo Blas, que seguía con una marcha a saltitos, antiguo niño que hubiese querido jugar también, repetía en su barba blanca:

–¡Magnífico, eso es, madre ya no nos ve, despabilate, mi muchacho!

II

EL PUENTE DE HIERRO Y MADERA

El joven corriendo y el viejo riendo, ambos llegaron a orillas del agua, delante del puente.

El río estrecho y profundo, donde se deslizan balsas cargadas de pinos, donde pasan pequeños veleros que erigen muy alto su único mástil, fluye rápidamente entre la orilla arenosa y el monte de granito negro, a pico, que muestra, más sombrío todavía, la abertura de un túnel: es en ese agujero de la montaña donde los trenes se introducen después de haber pasado el pequeño puente de hierro y madera, que es como un tramo de unión entre la orilla de arena y la orilla de piedra.

El lugar solitario y desnudo parece un poco taciturno a causa de la alta montaña negra.

Pero el día, en su culmen, blanqueaba y doraba las llanuras donde las granjas aquí y allá parecían islas de verdor, y en el frescor del aire azul, los vahos matinales, siempre ascendiendo, se dispersaban en torbellinos por las laderas escarpadas.

En ese momento, el piso del puente se levantó perpendicularmente. Al principio, el viejo Blas fue a asegurarse que el rocío nocturno no hubiese carcomido los cordajes de metal, que la manivela obedecía dócilmente al empuje de la mano; pues ese era su oficio: hacer que el puente se levantase, cuando las barcas o los veleros descendían por el curso del río, y hacerlo bajar para el paso de los trenes cada vez que se le diese la señal mediante un ruido de timbre eléctrico y más tarde por el silbido de la locomotora.

Pero al pequeño Blas no le interesaba demasiado el puente, la manivela y los trenes; su deber era rodar por la hierba alrededor de la caseta de madera que el abuelo había construido a orillas del agua para ponerse al abrigo cuando llegasen las lluvias de otoño.

La caseta era bonita, como una viña vestida de verdes trepadores, y donde los gorriones venían a beber gotas de rocío en la copa inclinada de las temblorosas campanillas.

Un jardín la rodeaba con sus pequeños senderos bordeados de bojs, muy pequeños, – como si el viejo hubiese querido que se pasease por allí solamente el niño, – y de sus plantas en floración muy bajas, claveles de las Indias, tulipanes, pensamientos, que el pequeño Blas podía mirar orgullosamente desde su altura. Pero en medio se alzaba pomposamente, como el tambor mayor de las flores, un sol muy abierto con tallo de oro verde.

Puesto todo en orden en la mecánica del puente, el abuelo regresó sin hacer ruido a la orilla; y, bruscamente después de un salto, tomó en sus dos grandes manos la cabeza del niño que se volvió alborotado, salvaje, radiante.

–¡Ah! ¡te tengo! Sí, te tengo, pero te suelto. Se atrapa a los pájaros y se les tiene un instante para que cuando se les suelte sientan más placer. ¿Sabes, pequeño? las

pedras sirven para hacer rebotes en el agua, las flores no están allí más que para ser cogidas, y te permito caminar sobre los arriates. ¡Así es como yo educo a los niños! Esos angelitos tienen el derecho a ser diablos.

Y el abuelo añadió:

—Allá abajo, en aquél grupo de árboles, descubrí un nido de chorlitos; iremos a buscarlos luego, cuando el tren haya pasado.

Ahora bien, el pequeño Blas se había fijado en una cosa: cogía margaritas y las arrojaba una a una al rostro del hombre; los tallos se enredaban en los pelos blancos del mentón; de modo que el viejo Blas tenía una barba de flores.

Eso le encantó. Se sentó delante de la caseta, hizo subir al niño sobre sus rodillas; y, con represalias, le hizo cosquillas en la nariz con los pétalos de las margaritas que colgaban.

Todo esto entre risas, con pequeños gritos, cerca de las floraciones abiertas, bajo los vuelos de los pájaros, en la buena luz que parecía más clara y más dorada allí, alrededor de ese abuelo y de ese niño.

Éste, volviéndose serio, dijo de repente:

—Ya he jugado bastante; ahora, cuéntame una historia.

¡Era el momento que el viejo Blas estaba esperando del pequeño Blas! El niño nunca dejaba de besarlo después de algún buen relato repleto de gigantes y hadas; el placer de un buen beso bien vale la pena la narración de un cuento.

Pero después de mucho tiempo, el abuelo había agotado las historias: Pulgarcito, Barba Azul, y la Princesa de los cabellos de oro también. Pero había comprado a un buhonero un grueso libro donde el vendedor afirmaba que allí había muchos cuentos hermosos. Encontró que el libro era un «Tratado sobre el establecimiento de las ferias francesas en el Mississipi». El pequeño Blas solicitaba algo más divertido.

Entonces, estando vacía su memoria y siendo su biblioteca inútil, el abuelo, para verse besado, se vio obligado a convertirse en poeta. Por la noche no dormía a fin de imaginar aventuras de princesas y hadas que contaría al día siguiente cerca de la caseta de madera.

—Sí, dijo, una historia, una historia tan bella que los pequeños burgueses de las ciudades no han escuchado nunca nada parecido.

—¿Cómo se llama?

—Es la «Historia del muchachito que no tenía orejas y de un perro negro que fumaba en su pipa.»

—¡Oh!, dijo el niño.

—Ya verás, dijo el abuelo.

Y el pequeño Blas, sentado sobre la arena, levantó su bonita cabeza morena, donde reían sus bucles, mientras el viejo Blas comenzaba seriamente, un poco inquieto por otra parte, pues el cuento era muy complicado y no estaba muy seguro de haber encontrado el desenlace.

III

HISTORIA DEL MUCHACHITO QUE NO TENÍA OREJAS Y DE UN PERRO QUE FUMABA EN SU PIPA

–Érase una vez...

–¿Dónde?

–En un país. Érase una vez un hombre y una mujer – campesinos como nosotros, pero muy desgraciados, – un hombre y una mujer que nunca tenían pan para cenar antes de ir a dormir.

–¿Y sopa?

–Ni siquiera tenían sopera porque el gato la había roto. Así pues, eran completamente pobres, y lo que todavía los hacía más tristes era que su hijo era un niño que no tenía orejas.

–¿Entonces, no oía?

–Claro que sí.

–¿Por dónde?

–Por la nariz, tal vez, o por los ojos. La historia no da explicaciones de eso.

El pequeño Blas reflexionó y dijo:

–Esta historia no es muy divertida.

–Esto no es más que el comienzo. Ya verás después. Ahora bien, el niño que no tenía orejas y que oía muy bien, escuchó un día al padre contar a la madre que en una montaña de ese país, había una gruta donde un brujo muy rico había ocultado mucho oro y plata, y que, por permiso del brujo, el tesoro pertenecería a aquél que tuviese el valor de ir a buscarlo a través de mil peligros.

–¿Un brujo?

–Como en la Princesa Azul.

–¡Ah! sí.

–Guignonet, así era como se llamaba el jovencito. Guignonet pensó: «¡Me gustaría ir a la montaña a buscar la plata y el oro del brujo, porque padre y madre no tendrán ya necesidad de trabajar como hacen y no se acostarán más sin cenar, cuando seamos ricos.»

Como ves el niño sin orejas tenía un buen corazón; decidió partir hacia la montaña, solo, sin decir nada a nadie, porque quería dar una sorpresa a sus padres cuando regresase con el tesoro.

Lo que habría podido hacerlo dudar era que por lo común él no tenía mucha suerte en lo que emprendía. Cuando había hecho algo muy bien, las cosas se volvían muy a menudo de modo que parecía haber hecho alguna cosa muy mal; y era castigado por sus mejores intenciones.

Hay personas como él en la vida, a quién nada sale bien y que siempre son acusadas por error.

Así, un día, habiendo visto a un pobre en el camino, le dio limosna, aunque él era pobre también, le dio un pequeño centavo que se le había dado. Y bien, ¿crees que el mendigo le dijo: Gracias? En absoluto, le arrojó el centavo al rostro y gritó mostrando los puños: «¡Es muy vil engañar a los pobres! Dios te castigará.»

–¿Por qué el mendigo le dijo eso?

–El centavo era falso. Pero eso no era culpa de Guignonet, puesto que a él se lo habían dado. En otra ocasión, oyó a una gallina que cacareaba en el establo, cacareaba y cacareaba! Se apiadó de ella y saltó de la cama, – pues era antes de salir el sol, – y fue a socorrer al pobre animal. La vio en una especie de cesta redonda donde ella cacareaba cada vez más como para pedir ayuda. Guignonet la acarició: ella seguía quejándose. Entonces, él se dijo: «Da la impresión de que hay en la cesta algún malévolo bicho que la muerde bajo las plumas.» A él le gustaba prestar servicios, tomó la cesta, la movió, la sacudió con la intención de hacer salir a la gallina, que, de ese modo, se hubiese visto liberada. La gallina huyó en efecto, asustada, batiendo las alas; ¿pero sabes lo que salió de la cesta? doce hermosos huevos. Y todos los huevos rompieron. Y ya te imaginas como Guignonet fue reprendido por sus padres que habían dejado los huevos en la cesta para que la gallina tuviese la idea de incubarlos. Sin embargo el muchachito sin orejas había creído ser útil a la gallina.

¡Y fíjate! a propósito de sus orejas, debo decirte como las había perdido; pues al fin y al cabo, no había nacido así.

Ocurrió en un rincón de un bosque. Guignonet ya tenía ocho años. Encontró un gran perro completamente negro, sentado sobre sus patas traseras, y que fumaba su pipa tranquilamente.

–¿Que fumaba su pipa?

–Sí; en la región donde vivía Guignonet, se encuentran muy a menudo perros que fuman sus pipas paseándose por las calles o los caminos; en nuestro país son mucho más raros. En fin, el perro que Guignonet encontró fumaba su pipa tranquilamente, o más bien no, no la fumaba. Pero no era culpa suya: acababa de apagarse. Guignonet se acercó y dijo al perro negro: «Señor perro, si usted quiere iré hasta el pueblo a buscar cerillas.» Era amable, era educado. ¡Bueno! el perro se levantó sobre sus patas traseras, adoptó un aire furioso y se arrojó sobre Guignonet y, con dos mordiscos, le arrancó las dos orejas. Después de eso, él tomo carrera a través de los matorrales y desapareció completamente.

–¿Con las orejas de Guignonet?

–Con las orejas.

–Dime, abuelo, ¿en la historia se las devolverá más tarde?

–Eso todavía no puedo decírtelo. Quién escuche, sabrá. Puedes comprender que todos esos infortunios habían vuelto un poco tímido a Guignonet; pero, no importa, el deseo de servir a los demás era más fuerte que el temor de ser maltratado, y una noche, cuando todo el mundo se quedó dormido en la cabaña, se levantó sin hacer ruido, salió con sus zapatos en la mano, y sin tener miedo, aunque estuviese muy oscuro en el camino, se fue hacia la montaña.

Ahora bien, esa montaña era toda negra, como la que está delante de nosotros; allí no había caminos para subirla y además Guignonet no sabía en qué lugar se encontraba la gruta; de modo que estaba muy confuso y a punto estuvo de regresar a su casa. Pero ocurrió que un gran cuervo vino a volar sobre la cabeza del muchachito; volando graznaba de un modo que no tenía nada de terrible ni espantoso: se hubiese dicho, al

contrario, que ese pájaro negro tenía buenas intenciones y que quería dar buenos consejos al niño sin orejas.

Guignonet lo miró. Le pareció que ya ha había visto esa gran cabeza puntiaguda que tenía en su pico una ramita de pino.

No, no lo había visto nunca, pero el cuervo con su rama de pino en el pico le recordaba un poco al perro negro que fumaba su pipa.

A causa de ese parecido, el niño quiso irse de allí, temiendo por sus ojos y por su nariz, puesto que ya no tenía orejas.

El cuervo, siempre volando, le dijo: «Guignonet, no debes desanimarte. El pobre al que has dado un centavo te ha insultado, has sido reprendido por haber querido socorrer a la gallina que cacareaba, y el perro negro te ha robado tus orejas porque le habías ofrecido ir a buscar cerillas para encender su pipa; muchas otras cosas te han ocurrido en las que no has tenido ninguna suerte, y es por eso por lo que se te llama Guignonet¹. Pero, tarde o temprano el bien que se ha hecho produce la recompensa, como el grano se convierte en trigo, como la bellota se transforma en roble. Se por siempre un muchachito, dispuesto a sacrificarte por los demás y que no te preocupe el resto. De momento siéntate entre mis dos alas, te llevaré a la gruta donde el brujo ha ocultado su tesoro. » Después de haber hablado de ese modo, el cuervo se posó sobre la tierra con sus plumas extendidas, era un pájaro tan grande, que Guignonet, que era muy pequeño y flaco porque no comía demasiado, pudo encontrar fácilmente un lugar entre las dos amplias alas.

El cuervo levantó el vuelo. Guignonet no tenía miedo: pensaba en el placer que experimentarían sus padres cuando les llevase el tesoro de la montaña.

Cuando llegó a la más alta de las más altas cimas, el cuervo se abatió entre un montón de malezas, en una especie de grieta que era muy negra y completamente terrible, pues se veía brillar aquí y allá espantosos ojos de búhos y lechuzas.

Guignonet puso pie en tierra diciendo: «Gracias, señor cuervo, le ruego ahora que me indique el camino que conduce a la gruta.» ¡Pero el pájaro ya no era un pájaro! Se había transformado muy aprisa y ahora era un viejo enano negro que miraba a Guignonet con una risa maliciosa, y que tenía una pipa en la boca. Guignonet pensó aún en el fiero perro que le había robado las orejas. Sin embargo no se inmutó. «Señor enano, dijo, ¿quiere indicarme la ruta que lleva a la gruta del brujo?» Entonces sucedió algo terrible. El enano con un gran bastón, y las lechuzas con sus picos, comenzaron a golpear, a picotear, a maltratar de todos los modos posibles al muchachito sin orejas. «¡Vete ladrón!, ¡no tienes derecho a tomar el dinero que no te pertenece! ¿Y que harás con el tesoro de la montaña? Compraría canicas para ir a jugar en las calles en lugar de ir a la escuela.» Guignonet respondía: «Puedo tomar el dinero ya que no pertenece a nadie; ¡dado que el brujo lo ha reservado al más valiente de los hombres! Y os aseguro que no lo quiero para comparar canicas, sino para que mis padres no tengan que acostarse sin cenar y pueden dar limosna a los vagabundos que pasan por el campo.» Eran palabras inútiles. Las infames bestias y el malvado enano no dejaban de atacar al muchachito; golpeado a bastonazos y ensangrentado por los picotazos, cayó rodando sobre las piedras de la grieta hasta que se abrió un gran agujero.

Otro en su lugar hubiese renunciado a su empresa a causa de las injusticias que se cometían con él; Guignonet no perdió el valor por tan poco, y no pensaba más que en rendir servicio a su padre y a su madre.

En ese agujero donde había caído, había mucha oscuridad y, en esa oscuridad, una especie de bestia más negra aún que tenía aspecto de un lobo; ese lobo tenía entre los

¹ *Guignon* en francés significa mala suerte.

dientes un hueso que estaba royendo, todo blanco, que se habría tomado por una gruesa pipa.

El lobo dijo: « ¡Sal de mi casa, miserable! Soy el guardián del tesoro que está allí, bajo una piedra, y no te permitiré tomarlo.» Pero Guignonet se arrojó valientemente sobre el lobo y encontró tanta fuerza en su deseo de ser útil, que derribó a la bestia, levantó la piedra que ocultaba el tesoro, y entonces, en lugar de la plata y el oro que esperaba encontrar, vio en un pequeño cofre abierto un número infinito de pedrerías tan bellas que ¡una sola hubiese sido suficiente para constituir la fortuna de varios reyes!

Mientras se apoderaba del precioso botín, tan pesado que resultaba muy difícil levantar, el lobo se había incorporado, y ahora mordía le mordía las mejillas y el cuello; pero Guignonet resistía al dolor, no daba importancia a esos dientes que desgarraban su piel; pensaba en la dicha de su madre cuando tuviese bonitos vestidos como las damas de la ciudad y que podría dar de cenar todos los días a los mendigos que pasan.

Era un muchachito así. Le era indiferente sufrir mientras los demás fuesen muy felices.

Sin embargo, perseguido por el lobo que no le soltaba los pantalones, buscó un camino entre las zarzas, para bajar a la falda de la montaña y poder regresar a su casa. Encontró un pequeño sendero muy rápido y muy duro que descendía. Pero en las sombras a su alrededor había una multitud de criaturas, hombres y animales, que iban, venían, merodeaban y gritaban con todas sus fuerzas: «Aquí está un muchachito que ha cometido un gran crimen»; y unos pájaros lo seguían a través de las ramas silbando: «¡Al ladrón! ¡al ladrón!»

Guignonet estaba muy triste porque temía que lo matasen; triste sobre todo al advertir que todo el mundo lo juzgaba tan mal.

Cuando llegó a la llanura creyó que ya estaba fuera de peligro y que nadie le diría ya palabras difamatorias; ya se veía despertando a su padre y a su madre en la pobre choza. «Aquí está el tesoro oculto por el brujo en la gruta de la montaña y que estaba destinado al más valiente. Lo he encontrado y os lo traigo; alegraos, comed, bebed y compartid con todo el mundo la fortuna que he logrado a riesgo de mi vida.» ¡Las cosas no iban a ocurrir tan felizmente como esperaba el niño sin orejas! Vio venir hacia él por el gran camino a tres gendarmes muy altos, y como la luna se había levantado, se distinguía muy bien el acero de sus sables relucientes y sus blancos entorchados. Pero lo que había de extraordinario en esos tres hombres era que los tres tenían bajo sus bicornios unos enormes hocicos de perro y que, a pesar de eso, fumaban tranquilamente sus pipas...

El viejo Blas estaba enfrascado en su historia, cuando el ruidillo del timbre eléctrico llamó su atención. El primer tren no tardaría en pasar: era el momento de bajar el puente que unía las dos orillas del río.

Se iba a levantar, pero el pequeño Blas lo detuvo.

–Entonces, abuelo, ¿los gendarmes eran perros?

–Unos perros de verdad,– respondió el viejo Blas.

Y como sabía que el tren no llegaría antes de un cuarto de hora, como bastaban algunos minutos para bajar el puente por medio de la manivela, continuó:

–Por lo menos parecían ser perros de verdad, pero, ¿sabes?, en las historias las personas no siempre son lo que parecen ser.

El hecho es que los gendarmes, desde el momento que percibieron a Guignonet, corrieron hacia él arrojando gritos y le arrebataron su cofrecillo y le dijeron: «¡Fuiste tú el que ha robado a los viajeros en los rincones del bosque!» El niño sin orejas les respondió: «Ustedes se equivocan, yo vengo de la montaña; llevo a mis padres el tesoro

que pertenece al más valiente.» Ellos no querían escuchar nada: le pusieron unos grilletos en las manos e, insultándole y dándole golpes, le condujeron a la prisión de la ciudad. Allí, lo introdujeron en un calabozo muy negro, donde había muchas ratas que corrían de un lado a otro. Toda la ciudad se había despertado. Él podía oír desde el fondo de su agujero a las personas reunidas alrededor de la prisión charlar entre ellas y decir: «¡Ah! ¡ah! han detenido al ladronzuelo. ¡Quién diría que, con su aspecto tan honrado, era un bribón de semejante calaña!» Él, completamente solo, lloraba, siendo consciente de que no había querido hacer daño, y que no había hecho...

El viejo Blas se levantó. Dos silbidos habían desgarrado el aire y ya se veía a lo lejos una humareda negruzca que ascendía en torbellinos.

Corrió hacia el puente mientras el niño jugaba con los guijarros del sendero, y se dispuso a girar la manivela.

Oía tras él, bastante lejos aún, resoplar, chirriar, escupir a la pesada locomotora seguida de una larga fila de vagones. El tren que se acercaba era un *express*; si el viejo Blas hubiese mirado hacia atrás, habría podido ver las cabezas de los viajeros que se inclinaban fuera de las portezuelas para mirar la alta montaña en la que iban a entrar.

El piso del puente, bajándose pesadamente, había descrito ya aproximadamente un tercio de su descenso aéreo.

El viejo Blas no se apresuraba demasiado; tenía tiempo; todo estaba bien.

De repente oyó un grito.

¡Oh! reconoció la voz: era la voz del pequeño Blas.

Jugando en la orilla del río, sobre la arena y los cantos rodados, el niño había resbalado y se había caído en el agua.

¡Vive Dios! vio a su nieto, su amor, su éxtasis, desaparecer en la corriente.

¡Oh! el viejo Blas tenía setenta y un años, pero era robusto. Era un buen nadador.

¡Dejó la manivela! Iba a arrojar al agua: atraparía a su niño, cuya cabeza acababa de desaparecer, allá, más lejos.

Pero el tren ahora estaba muy cerca. Si el viejo Blas no se apresuraba a bajar completamente el puente, la locomotora chocaría contra el sólido piso y se produciría un desastre espantoso, los vagones descarrilados, heridos y muertos.

El niño volvió a reaparecer, siempre más lejos, ¡llamando y levantando los brazos!

¿Qué hizo el abuelo?

Volvió a tomar la manivela entre sus dos fuertes manos. Pronto el piso del puente estaría unido a la orilla opuesta; y la locomotora, los vagones, circulando con un ruido atronador, hundiéndose en el túnel, desaparecieron, no fueron más que un estrépito lejano que sacudía la montaña.

El tren había pasado y el niño se había ahogado.

El viejo Blas, con ojos de loco, miraba el río que se había llevado al pequeño Blas.

IV

DESPUÉS DEL DEBER CUMPLIDO

Permaneció allí, estúpido, observando fijamente el agua profunda y el flujo de la corriente.

¡Oh! ¡su pequeño Blas se había ahogado, su pequeño Blas había muerto!

Dos cosas le torturaban: la imposibilidad y la realidad de eso.

¡Cómo! ¿no volvería a ver más esa bonita cara alegre, esos claros ojos azules donde reía el sol? El pobre viejo, antes extasiado, ya no volvería a oír nunca más los gritos de alegría por un buen bicho de Dios cogido en el césped o por un pájaro perseguido.

¡Oh! ¡iba a correr a lo largo de la orilla, llegaría al cuerpecito transportado por el agua, se arrojaría y lo tomaría entre sus brazos!

No, el río había tomado sobre él una considerable ventaja; los cadáveres van rápido por la corriente, sobre todos los pequeños cadáveres que son muy ligeros.

Además era imprescindible que se quedase donde estaba para vigilar la vía, para hacer las señales convenidas; tenía que permanecer en su puesto, dado que era una especie de soldado; ni siquiera tendría el consuelo de volver a ver, detenido por algún tronco de árbol, o atrapado entre las hierbas, el cuerpo pálido de su nieto.

—¿He hecho bien en bajar el puente? Si hubiese dejado la manivela despreocupándome del tren, si me hubiese arrojado al río enseguida, habría sacado del agua a mi pobre niño querido. Los vagones habrían descarrilado, destrozados en un espantoso choque contra el piso de hierro y de madera: los viajeros habrían perecido en gran número, aplastados, desgarrados, sangrantes; pero ¿qué me importa la desgracia de los demás y sus maldiciones? Un abuelo debe salvar en primer lugar a su nieto y he cometido un error cumpliendo con mi deber.

Decía eso en su dolor, pero sin embargo le parecía que había obrado bien. No había debido vacilar entre la vida de su niño y la de tantos hombres y mujeres.

Sí, pero aún así era horrible. Estaba desesperado y desfallecía en su desesperación.

Ganó la pequeña caseta rodeada de flores, miró los angostos senderos que había trazado para los paseos del niño dejándose caer a tierra, tocando con sus viejas manos el lugar todavía visible donde el pequeño se había sentado antes para escuchar una historia. Luego, como todavía quedaban en su barba blanca algunas margaritas que el pequeño Blas le había arrojado, el viejo Blas, levantando su barba, las olía, las besaba con sollozos que le sacudían todo el cuerpo.

V

EL VIEJO BLAS NO TIENE VALOR

El sol al ocultarse hizo reflejar su rojiza luz en el granito de la montaña; fue como un incendio en el fondo de un espejo negro; luego, poco a poco, fue ascendiendo la sombra y se hizo un gran silencio oscuro en el que el viejo Blas no oía más que el siniestro ruido del agua.

Era la hora, había que regresar a la granja. Regresar solo, sin el pequeño. ¡Vive Dios! ¿qué le diría a la madre?

Había tomado un bastón en la cabaña; ahora tenía necesidad de un bastón.

¡Qué alegres eran las cenas antes, al regresar de la tarea acabada! A veces se vaciaba una jarra de sidra, y el pequeño, a quién el abuelo había pasado bajo la mesa los mejores trozos de su plato, se dormían finalmente en su alta silla, contento, harto, con sus mejillas gorditas.

¡Pero la cena de esta noche!

El viejo caminaba lentamente como alguien que no quisiera avanzar. Se detenía en ocasiones contra un árbol y no quería proseguir, desgarrándose la cara en la corteza llorando amargas lágrimas.

¡Darle la noticia a la Cadije! ¡y al padre! ¿Cómo? ¿Con qué palabras?

Como gritaría la madre cuando le dijera: «El pequeño Blas se ha ahogado », ¡él tenía ese grito agudo y terrible en los oídos! Antonin Perdigut se le aparecía en la abertura de la puerta escuchando la noticia.

Y no solamente vería sollozar a su hija y a su yerno palidecer; no solamente temía su poderosa desesperación, sino que preveía, como una angustia suprema, sus reproches.

Lo comprendía: una madre y un padre no pueden entrar en esos argumentos de que se debe de pensar en los demás antes de pensar en los suyos y en si mismos. «¡Había que salvar al pequeño, gritaría la Cadije, y dejar morir a todas esas personas que no nos conocen!» Sí, la Cadije diría eso, y el abuelo, viejo espíritu turbado donde la catástrofe había aumentando el desorden, pensaba que su hija tal vez tuviese razón hablando de ese modo.

Heroico por instinto, momentáneamente, ahora no estaba seguro de haber hecho lo que debía; y quizás si la Cadije, una noche, al regresar a la granja, le hubiese dicho: «¿Sabes? ¡he sacrificado al pequeño para salvar a un montón de personas! », tal vez él hubiese gritado: «¡Eres una mala madre!»

Todo eso lo torturaba. Tenía la cabeza baja, los hombros curvados como alguien que lleva un fardo muy pesado. Le gustaría que la granja estuviese muy lejos, a diez, a veinte leguas, o que entre ella y él se alzase una montaña a pico que no pudiese escalar.

Tan lentamente como su macha llegó.

Era noche cerrada; bordeó el seto, encogiéndose para no ser percibido. Recordó que había pasado por allí al despuntar al día, alegremente. Y estaba tan débil que apenas tuvo fuerzas para empujar la cancela de madera: retrocedió asustado al ruido de la cadena que hizo el perro en su caseta.

Avanzó hacia el otro lado del patio. La puerta de la planta baja, abierta de par en par, dejaba ver la mesa bien iluminada donde humeaba la cena.

Apareció la Cadije en el umbral.

–¡Hé! ¡viejo! – dijo riendo – ¿Qué ha hecho con sus piernas de veinte años? El hombre ya ha regresado. He vaciado la marmita en la sopera; las coles con tocino no están buenas si enfrían. ¡Espabílese, viejo Blas! he subido una jarra de sidra para animarle las ideas.

El se acercaba tímidamente, como vacilante, como si se tratase de un perro al que van a golpear.

En la estancia, Antonin Perfigut acaba de sentarse ante la mesa e inclinaba la cabeza para aspirar el buen olor de las coles.

–¡Ya era hora!– exclamó alegremente;– uno revienta de hambre aquí.

Esa calma, parecida a la de todas las noches, ese regreso, similar a los otros regresos, espantaban al viejo Blas. ¡Ah! ¡cómo iba a cambiar todo eso, cómo dejarían de reír, cómo iban a perder el apetito!

La madre preguntó:

–Pero, dígame, ¿dónde está el pequeño?

El momento había llegado; no había que demorar la confesión. Había que responder: «¡el pequeño se ha ahogado!»

Levantó la cabeza, con la boca muy abierta y la mirada estúpida; observaba, como se miraría a la muerte si ésta se levantase de repente ante él, a la fornida y fresca Cadije, feliz y con risa franca.

Finalmente bajó la frente y masculló entre sus barbas:

– El niño está allí, detrás del seto, ha caminado muy lentamente por culpa de un nido que hemos encontrado. Es la verdad, es la auténtica verdad. Esperad un instante, está allí, detrás del seto, voy a buscarle.

–¡Hé! ¡Blas! –llamó la madre.

–No, no – dijo él, temblándole todos sus miembros; no... obedecerá, creará que quieres regañarle porque es tarde. Te digo que voy a buscarle yo mismo. No os impacientéis, sentaos a la mesa.

Entonces el viejo Blas dio la vuelta, atravesó la cancela, la cerró.

Cuanto estuvo solo, fuera de la granja, se dijo:

–No, definitivamente no, no me atrevo, ¡no puedo!

Y bruscamente, sin otro pensamiento que evitar decir la espantosa frase, que no ver a su hija desesperada y que no escuchar la maldición de su yerno, se puso a correr a través de la llanura en las tinieblas, en el viento, como alguien que ha cometido un crimen o un animal afectado de una repentina locura.

VI

LA MALDAD DE LAS PERSONAS

No regresó. Atravesó la llanura, subió a la montaña de noche, durmió acosado por pesadillas bajo una piedra que colgaba, y en el sueño seguía huyendo, considerando que jamás podría estar lo bastante lejos. Jamás lo bastante lejos del horrible río que la había robado a su nieto y de la granja, tan feliz, donde ahora se debía estar llorando.

Atravesando un pueblo, comió no importa qué, no importa dónde, gracias a algunos centavos que tenía en el bolsillo de su chaqueta.

Las personas desconfiaban de él porque estaba muy pálido y siempre miraba hacia atrás, como alguien que tiene miedo de ser seguido; una mujer que sembraba alfalfa, al verlo se puso a correr de repente cuando él hubo pasado la última casa de la aldea diciéndose a sí misma: «Parece que ese viejo viene de cometer alguna fechoría.»

Al día siguiente llegó a otro valle donde nadie lo conocía – pues en el país vasco, las montañas son una especie de fronteras que raramente se franquean, – y como le quedaban apenas una docena de centavos, preguntó a un peón que rompía una piedras en el camino, si no habría la posibilidad de poder romperlas él también para poder ganarse la vida.

No inspiraba confianza debido al aspecto huraño que ahora tenía; sin embargo el obrero respondió:

–Un empleo como el mío no se consigue en un día. Se necesitan protectores en el gobierno. Le aconsejo que busque otro oficio. Miré, si es usted valiente, que no le ofenda lo que digo, todas las personas que pasan no son honradas, haría bien yendo al aserradero, sí, a esa barraca de madera que ve usted allí, al fondo del valle, cerca del arroyo. El patrón necesita obreros, y aunque usted no parece muy sólido, tal vez le de alojamiento para vigilar el molino o para alguna otra tarea no demasiado pesada.

Siguió ese consejo dirigiéndose hacia el aserradero y preguntó por el dueño del establecimiento; se ofreció y fue aceptado; pero al principio hubo algunas dificultades porque él no tenía papeles y tampoco tenía buena pinta.

Uno se preocupa de no acoger a vagabundos que vienen no se sabe de dónde, que tal vez salen del presidio. El patrón se dijo:

–Tendré puesto el ojo sobre este viejo.

Transcurrieron días y semanas. El trabajo que se le había confiado consistía en rascar con un cuchillo las paletas de la rueda del molino para que no se engancharan en ellas ni piedras ni arena. Al principio esta tarea fue penosa a causa del ruido del río en torno a él, que le horrorizaba; pero acabó resignándose. Muy viejo, muy encorvado, paseaba su cuchillo sobre las paletas con aire de estar pensando en otra cosa, quizás no pensando en nada.

La muerte de su nieto lo había matado a medias. Él no estaba seguro de vivir todavía. Pocas ideas claras, el espíritu turbado y oscuro. Apenas estos pensamientos:

que el pequeño Blas estaba en el agua, que era cierto, que todo había acabado, y que ahora, en la granja, su hija y su yerno, que debían haber sabido, lo maldecían llorando; y estaba como adormecido en la inercia de su dolor.

Estando así no se daba cuenta de las miradas que le echaban los otros obreros. A la hora de la comida en común, nadie le hablaba; pero como sin duda él no hubiese escuchado si se le dirigiese la palabra, no reparaba en ese malévolos silencio; no sabía las historias que comenzaban a circular sobre él.

Se decía que ese viejo tal vez tenía más dinero del que dejaba ver. Ocorre a menudo que un ladrón, después de haber desvalijado a los transeúntes, simula trabajar y parecer pobre durante un tiempo, a fin de no despertar sospechas. Incluso algunas personas sospechaban que había podido asesinar a alguien para robarle con más seguridad; porque una noche, sentado en la orilla del arroyo y mirándolo discurrir con mirada gris, había sido sorprendido repitiendo en voz baja: «¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! mi pobre Blas, lo he matado.»

Todos esos rumores produjeron como resultado que el dueño del aserradero consideró buena idea informarse.

Los buhoneros que van de valle en valle saben muchas cosas y son pródigos en contarlas.

De modo que un buen día, el patrón hizo llamar al viejo Blas, y como era un hombre severo le dijo con dureza y con mala cara:

– Tiene usted que irse de aquí, viejo.

Blas, estupefacto, exclamó:

– ¡Irme! ¿Por qué?

– No disimule – replicó el patrón. – Conocemos su historia.

– ¿Y bien? – dijo el viejo.

– ¡Pues bien! – dijo el patrón – es posible que usted no haya matado al pequeño; no, no digo que usted lo haya matado. Pero, al fin y al cabo, usted había partido con él, estaban solos los dos, el niño no ha regresado y usted ha huido sin decir nada a los padres.

El viejo Blas rompió a llorar.

¡Ah! ¡Dios! ¡Dios! ¡Era eso lo que se creía! ¡Qué él había matado a Blas, a su pequeño Blas, al niño por el que se habría arrancado uno a uno todos los pelos de la barba, por quién habría muerto veinte veces seguidas si fuese posible, que era toda su vida, toda su alegría, toda su dicha!

Quiso explicarse. Pero esa historia del puente que se levantaba y que se bajaba no parecía nada clara; un niño que cae al agua en el momento en el que pasa el tren es bastante inverosímil. ¿Cómo suponer además que ese pobre hombre, campesino, apenas sabiendo leer, hubiese hecho gala del supremo heroísmo de sacrificar a su nieto por la salvación de algunos viajeros desconocidos? Había que reconocer que era más sencillo juzgarlo culpable. Él mismo, que había cometido una acción sublime, sin analizarla, naturalmente, porque le parecía que debía hacer eso, no se percataba del todo del sentimiento que lo había empujado; y no encontraba palabras para explicarse, se embrollaba, casi con vergüenza.

El patrón dijo:

– Todo es posible, no discutamos. No soy yo quién lo echa. Todos mis obreros me abandonarían si no lo despido. Mire, allí están, hable con ellos, no le ocultarán lo que piensan.

Los obreros entraban por parejas en el taller de madera, llevando sobre sus hombros largas planchas que se doblaban.

Se agruparon, se consultaron en voz baja; finalmente de todas partes salieron palabras como estas, con gestos, en tumulto:

–Sí, sí, que el viejo se vaya. No lo queremos entre nosotros. Es indignante trabajar y sentarse a su lado en la mesa con alguien que ha matado a un niño. Nada más mirarle las manos, uno se estremece. Además tiene un aspecto que dice bien lo que es. Vamos, toma tus cosas, viejo, y que no te veamos más por aquí, o uno de nosotros, ¡vive Dios!, te dará tu merecido.

Bajo esas injustas iras, ante esas amenazas, el viejo Blas curvó la frente como si hubiese sido criminal en efecto, empujó la puerta con manos temblorosas, y se fue, ¡pobre viejo admirable!; cuando comenzaba a subir la ladera al fondo del valle, vio, al volver la cabeza, a todos los obreros agrupados delante del aserradero que todavía lo insultaban con gritos que ya no oía y que le mostraban puños furiosos.

VII

LA CRUELDAD DE LAS COSAS

Caminaba por una garganta del monte, el viejo lecho de un torrente, seco en esta estación; las piedras, bajo sus pesados pies, rodaban haciéndole daño.

El pequeño Blas había muerto llamándole, tendiéndole los brazos; ¡había tenido que abandonar la buena granja donde reía su antigua felicidad, y eso no era bastante! Ahora se le acusaba de un crimen, y ¿por qué siendo honesto se le cría infame?

Todo eso le parecía cruel; sufría tanto que en su oscura conciencia, la certeza del bien cumplido no era bastante nítida para que pudiese consolarse de la injusticia gracias al orgullo.

Un espíritu firme se hubiese recuperado, seguro de su grandeza. Él, inteligencia humilde, se venía abajo; algunas veces pensaba que se había equivocado, puesto que todo el mundo lo culpaba.

¿A dónde iría ahora? Lo echaban de allí, se le echaría de todas partes. ¿Regresar a la granja? ¡Oh! jamás se atrevería. Qué mal debía quererle la Cadije; como debía detestarle Antonin Perdigut, si las personas que no eran ni la madre ni el padre del pequeño lo odiaban con tanta intensidad. Irse, era lo que había que hacer; pero irse sin saber adónde cuando se tiene el corazón colmado de pena y los ojos llenos de lágrimas, cuando se es viejo, cuando se va a tener hambre, cuando se va a tener sueño, es algo terrible, ciertamente, y, sin rebelarse, bueno y sumiso, no podía impedir encontrar sin embargo que todo el mundo se había encarnizado con él.

Ascendía apartando las ramas pino que le rasgaban la cara, le arrancaban la barba; maltratado por los hombres, pensó que se parecía un poco al pequeño Guignonet de la historia, siempre castigado aunque jamás hubiese hecho nada malo.

La jornada le pareció larga; sus viejas piernas estaban fatigadas por la lenta, pero sin descanso, ascensión por la pedregosa vertiente.

Cuando cayó la noche, no había bebido ni comido; ya no podía más y se dejó caer sobre una piedra, contra un tronco de pino. Allí quedó con las manos colgando entre las piernas, estupidamente desolado.

A su alrededor se amontonaban bloques de granito, enormes, en el azar de inmemoriales caídas; furiosos haces de sombra verde salían de entre las rocas; y bajo el gran cielo donde se agrupaban las nubes, la salvaje altitud se erizaba de negro y verde.

De pronto, con la impetuosidad de un desencadenamiento, una ráfaga de viento sacudió los árboles, acarició las grandes rocas y se metió en un torbellino de ramas y piedras.

Esas bruscas borrascas son frecuentes en los montes Pirineos: el viajero apenas ha visto la claridad cuando ya está envuelto por la tormenta.

Las nubes, al chocar, produjeron truenos: de sus horadados flancos se precipitó el chaparrón que la ráfaga hacía escurrir o aplastaba en amplios charcos contra las paredes de las rocas.

Troncos rotos que se deslizan, paños de granito que se desprenden, saltan y retumban; toda una serie de derrumbamientos sonoros bajo el empuje torrencial del viento.

Y la tormenta había llevado al viejo Blas de piedra en piedra, de árbol en árbol, entre ese descenso tumultuoso de cosas; con las manos sangrando, el cráneo roto, como arrastrado sobre una inmensa trituradora, no se detuvo más que al final de la caída en el abismo. Las piedras acabaron amontonándose sobre su cuerpo, que casi era un cadáver, como si el cielo le arrojase una tumba a fragmentos.

VIII

FIN DE LA HISTORIA DEL MUCHACHITO QUE NO TENÍA OREJAS Y DE UN
PERRO NEGRO QUE FUMABA SU PIPA.

Se moría, ensangrentado, bajo un amontonamiento siempre creciente de piedras que lo aplastaban y desgarraban. Tenía un dolor atroz en todos los puntos de su cuerpo.

Entonces, dispuesto a entregar su alma hasta entonces resignada, el viejo se rebeló.

No, ¡él no había hecho nada malo! era espantoso que el azar primero, y los hombres después del azar y la naturaleza después de los hombres, se hubiesen encarnizado de ese modo con él. La llanura lo había arrojado a la montaña y he aquí que la montaña lo arrojaba a la muerte. ¡Pues bien! ¿Es que no había justicia, no había Dios? ¿Qué le tenían que reprochar? Nada. No debían hacerlo sufrir así; no debían matarlo.

Jadeaba bajo el duro montón de piedras, oyendo a su alrededor el furor del trueno y el viento.

Pero de pronto sintió como una gran languidez que le subía de las piernas, le alcanzaba el pecho y envolvía su cabeza menos dolorida ya. Todavía tenía algunos hipos de donde brotaba sangre pero eran más escasos y le hacían sufrir menos; experimentaba una especie de calma muy profunda, tal vez porque estaba en el comienzo de dormirse para siempre, y no oía más que vagamente, como un ruido que viene de muy lejos, el estrépito de la tempestad. Luego dejó de oírlo; habría podido creer que estaba acostado en su cama, de tal modo le parecían las piedras mullidas bajo su carne, de tal modo se sentía mecido en un lánguido bienestar.

Así como en un sueño, creyó verse a orillas del río, cerca del puente, jugando con el pequeño Blas entre las flores del jardincillo.

Sí, el pequeño Blas estaba allí; ¡oh! sentía sobre sus rodillas a su pequeño Blas. Pero el niño ya no era un niño: tenía el cuerpo más brillante que una gran estrella, con alas blancas como las que tienen los serafines.

El pequeño Blas le dijo:

—Ahora que estoy en el cielo sé muchas historias, y soy yo quién te contará una si quieres. El final de tu bonito cuento, donde había un niño sin orejas y un perro negro que fumaba en pipa. Tú no sabías el final de ese bonito cuento, ¿verdad? Pues bien, escucha, abuelo, voy a decírtelo. Cuando el pequeño Guignonet se encontró en prisión porque se la acusaba de haber robado, al principio estuvo muy triste, como tú lo estás ahora. Él también no había hecho otra cosa que bien y todo el mundo estaba contra él a causa del bien que había hecho. Pero mientras se lamentaba, mientras se creía perdido, hete aquí que el perro negro que fumaba su pipa entró en el calabozo y, fumando aún su pipa le dijo: «Guignonet, tus pruebas han acabado. El mendigo sobre el camino que te ha devuelto tu centavo con malas palabras, era yo; era yo la gallina de la que rompiste los huevos creyendo estar socorriéndola; el cuervo de grandes alas, y el enano y los gendarmes, también era yo; pero no soy un perro negro que fuma en pipa, soy un hada,

un hada buena. Mírame. » Entonces, en la prisión que ya no era una prisión, sino un jardín iluminado por flores luminosas, Guignonet vio a una bella señora con cabellos de oro que estaba vestida de sol y que tenía en la mano una varita de diamantes: «Guignonet, dijo, has pasado todas las pruebas, no te has rebelado contra las injusticias: ahora regocíjate, pues estás en el jardín celestial donde jugarás eternamente con los angelitos de tu edad.» Cuando acabó de hablar, el hada desapareció. Guignonet vio venir hacia él a un grupo de niños tan hermosos que nunca hubiese creído que existiesen; le propusieron divertirse con ellos; nada hay más placentero que jugar a las cuatro esquinas en el jardín del paraíso.

Así fue como el pequeño Blas, querubín de alas blancas, hablando al viejo Blas bajo los escombros rocosos, acabó la historia del «muchachito que no tenía orejas y de un perro negro que fumaba su pipa ».

Entonces el pobre hombre, comprendiendo que hay una justicia y un Dios bueno, murió sin dolor sobre el duro lecho de piedras, estrechando contra su corazón al pequeño Blas que ahora era un pequeño ángel; el abuelo había apresurado el momento para escuchar las bellas historias que el niño le contaría a su vez en el jardín del cielo.

FIN